

Harry Potter o la deficiencia moral

Oriol Ponsatí-Murlà

Licenciado en Filosofía, trabaja en el Departamento de Filosofía y Filología de la Universidad de Girona

A modo de preámbulo: interés y obligación

Fieles a nuestro querido espíritu de contradicción, los adultos preocupados por la formación de nuestros jóvenes, pasamos la mitad del tiempo lamentando su falta de interés para con la letra impresa y su funesta atracción hacia todo tipo de pantallas (la del móvil, la del ordenador, la de la Play...) y la otra mitad la dedicamos a lamentar que cuando su interés por la lectura surge, sea para encapricharse justamente con las aventuras increíbles de un mago excepcional que combate las fuerzas del mal, en vez de interesarse por libros que alimenten de verdad su bagaje cultural y cultiven su espíritu lector.

No puedo evitar ver, en esta contradicción, las reliquias, no precisamente de la muerte, pero sí de una filosofía de la educación que está muerta y enterrada: la del esfuerzo (mal entendido) y la obligación. Durante decenios, en este país, se ha aprendido a base de obligar a los jóvenes a hacer esto o aquello. Gracias a similar prodigio del ingenio didáctico, generaciones enteras pueden repetir aún hoy de memoria y sin titubeos, listas utilísimas de reyes godos, dinastías de casas reales más bien poco reales, o ríos remotos ubicados en países donde no pondrán jamás los pies. La didáctica de la obligación, aplicada a la lectura, ha dado como resultado, naturalmente, que todo el mundo haya abandonado los libros de forma tajante y definitiva. No es difícil adivinar que tras este rechazo se esconde una motivación antropológica antiquísima: de forma general, el hombre es incapaz de cogerle gusto a todo aquello que desempeña por obligación y, por el contrario, se interesa con facilidad por lo que cae dentro del ámbito de su libertad o que, incluso, se le prohíbe. Conclusión: ¿quieren que los niños se aburran de por vida con la lectura? Pues no dejen de imponerles lecturas obligatorias en sus clases de literatura y, para asegurar bien la operación, también en las de historia y de filosofía. No cogerán un libro

nunca jamás; éxito garantizado. Si, por el contrario, de verdad les importa que nuestros vástagos lleguen algún día a leer un poco más de lo que han hecho sus padres, entonces, permítanles leer lo que les dé absolutamente la gana, incluido *Harry Potter*. Digan lo que digan Harold Bloom y los mandarines de la alta cultura. Si dan un paso más e incluso prohíben leer a sus hijos y alumnos, entonces el éxito va a ser fulgurante.

Para expresarlo de una forma un tanto más general, hace unas décadas, el esfuerzo y la obligación iban por delante y el interés, con su consiguiente esfuerzo, nacía (o no) de la obligación. Hoy el interés va afortunadamente por delante y nuestros jóvenes ponen y pondrán todo el esfuerzo que sea necesario para desarrollarse en todo lo que les interesa.

He querido empezar con esta pequeña reflexión acerca de esfuerzo y educación, porque en secreto debo confesar darle más bien la razón a Harold Bloom que no a los entusiastas de *Harry Potter*; es decir, francamente preferiría que nuestros jóvenes de 14 años leyeran a Julio Verne; los de 18, a Gil de Biedma, y los de 22 a Shakespeare. Sin embargo, un joven que haya seguido la saga del mago entera, habrá leído unos millares de páginas, en los últimos años, y me resisto a pensar que esta gimnasia lectora no pueda ser a la vez un trampolín para saltar más alto la próxima vez que abra un libro. En las siguientes líneas voy a intentar describir el escenario moral sobre el que se desarrolla la acción de *Harry Potter* y mostrar la evolución que sufren sus protagonistas desde un punto de vista moral.

Permanencia y cambio en la moral de Harry Potter

Cuando empieza el primer volumen de la saga, su protagonista está a punto de cumplir los once años. Al inicio del último,

va por los diecisiete. Para el personaje han pasado seis años pero para sus lectores han pasado diez, ya que J. K. Rowling publicó su primer *Potter* en 1997 y el último en 2007. Suponiendo que los primeros lectores de Harry Potter tuvieran la edad del mago protagonista (y muchos de ellos tenían más bien ya catorce o quince años), habrían leído la última entrega con veintiún años de edad, o más. Es evidente que nadie escribiría el mismo tipo de historia para un chaval de once años que para un mozo de veintiuno. Tampoco Rowling lo hace. Sin embargo, hay algunos elementos del panorama moral de *Harry Potter* que se mantienen intactos a lo largo de la saga. Es más, que parecen presentarse desde el primer volumen en forma de tesis, y desplegarse en los libros sucesivos para cristalizar en la séptima entrega casi a modo de comprobación. Veamos cuáles son estos elementos de permanencia.

Trasfondo maniqueísta

En primer lugar, la acción de *Harry Potter* tiene siempre lugar sobre un telón de fondo que podríamos llamar maniqueísta. Se suceden los binomios contrapuestos del tipo Quirrell /Dumbledore; Slytherin / resto de residencias; los tríos Malfoy, Crabbe, Goyle / Harry, Hermione, Ron; y naturalmente, el más evidente: Harry Potter / Lord Voldemort. En definitiva, hay claramente dos equipos, el del bien y el del mal, y los personajes se reparten de forma más o menos equilibrada entre un equipo y el otro. También hay lugar para la ambigüedad, claro. Algunos personajes, y de forma especial Severus Snape, pasa por malo durante toda la saga y sólo al final del último libro se descubre que era un infiltrado en campo contrario. También en el último libro afloran las dudas sobre el impoluto currículo de Dumbledore, pero todo se resuelve en tentaciones de juventud y falta de firmeza de carácter; algo perfectamente comprensible y que no magulla para nada su fondo inequívocamente “bueno”. En esta división tan limpia de la realidad moral está, probablemente, una de las mayores atracciones de *Harry Potter*; y desde nuestro punto de vista, quizá también uno de sus principales lastres, que le impide ascender a la categoría de obra literaria de entidad, y la relega al entretenimiento facilón.

Pero hay más que este simple telón de fondo dualista. Nos parece evidente que tras las hazañas del joven mago se esconde un principio moral de inspiración

cristiana que aparece de forma aparentemente fugaz en el primer libro y gana importancia a lo largo de la saga, hasta convertirse, en el séptimo libro, en tema estrella. Podríamos anunciarlo como el sacrificio individual para el bienestar colectivo. Veámoslo.

Ideal de sacrificio

En las últimas páginas de *Harry Potter y la piedra filosofal*, mientras el trío Harry-Hermione-Ron avanza hacia el espejo de Gised, encantado por Dumbledore, debe superar una prueba consistente en participar como figuras en una partida de ajedrez. En un momento decisivo de la partida, Ron se da cuenta que sólo si él se deja matar por la reina del equipo contrario, Harry y Hermione podrán hacer jaque al rey y salir adelante. En un intento de persuadir a los compañeros de la necesidad de su sacrificio, Ron afirma: “Así es el ajedrez ¡A veces hay que sacrificar algunas piezas! Si hago un movimiento hacia delante, ella me va a comer, pero eso os permitirá hacer mate al rey”. La idea del sacrificio reaparece de forma clara en la recta final del último libro de la saga. Harry Potter, el elegido, el niño que sobrevivió, asume un papel de chivo expiatorio. Su biografía parece haberle predeterminado a ofrecer su vida para liberar a los demás del imperio del mal, de la tiranía de Voldemort. Momentos antes de acabar con el Innominable, Potter reconoce: “Yo estaba dispuesto a morir para que tú dejaras de hacerles daño a ellos”. La idea cristiana del sacrificio del inocente en beneficio de la comunidad, no puede ser más evidente. La única diferencia entre *Harry Potter* y el evangelio es que este último termina mal porque sus autores no estaban precisamente preocupados por los índices de ventas (habría sido un acto casi descortés cargarse al pobre Potter tras siete volúmenes de aventuras que siempre terminan bien).

Ron y Harry no son los únicos que se refieren a la cuestión del sacrificio del individuo a favor de la colectividad. También lo hace Dumbledore, en su penosa confesión ultraterrena a Harry, en la recta final del séptimo libro. Pero el anciano mago lo hace en términos muy distintos. Recordando los tiempos en que, junto con Grindelwald, querían subyugar a los *muggles* y capitanear la revolución de los brujos, Dumbledore confiesa: “Naturalmente que tenía escrúpulos, pero tranquilicé mi conciencia con palabras vacías: todo era por el bien común”. Encontramos, por lo tanto, nuevamente el motivo del bien

“Desde un punto de vista de estricto análisis moral, el planteamiento de Voldemort es mucho más serio que el de Dumbledore, y éste lo es más que el de Harry Potter”

común, pero utilizado aquí no como fin por el que vale la pena sacrificar la propia vida, sino como medio para satisfacer el propio anhelo de dominación. He aquí una grieta de profundidad, que viene a completar el tercer planteamiento moral con perfil propio en Harry Potter: el de Voldemort. Desde el primer libro encontramos explicitada –en labios de Quirrell– la filosofía moral de Voldemort. Confiesa Quirrell a Harry Potter en el primer libro: “En aquella época yo era un joven alocado, lleno de ideas ridículas sobre el bien y el mal. Lord Voldemort me mostró que estaba muy equivocado. No existen el bien y el mal. Sólo la lucha por el poder”. Finalmente respiramos un poco de la asfixiante atmósfera maniquea que domina en *Harry Potter*; aún queda alguien sensato y con capacidad de análisis, aunque sea Voldemort.

Voldemort ¿nietzscheano?

El planteamiento moral del Innominal puede parecer que tiene algo de nietzscheano. En efecto, también el filósofo alemán construye su pensamiento moral sobre la base de que debemos pensar “más allá de bien y mal”. (Por cierto, expresión alemana que ha sido tradicionalmente muy mal traducida por “más allá del bien y del mal” y que no ha encontrado una buena versión hispánica hasta la traducción catalana de *Ecce homo* por parte del Profesor Josep-Maria Terricabras. Nietzsche lo expresa con toda claridad: “Jenseits von Gut und Böse”; la traducción tradicional sólo sería viable si Nietzsche escribiera “vom” en lugar de “von”, que no es el caso. Traducirlo de otra forma equivale a no haber entendido, justamente, que Nietzsche rechaza la “realidad” del bien y del mal, tal y como viene dada por la tradición cristiana, y nos propone repensar la moral independientemente de estos falsos valores, más allá de estos falsos valores). Ahora bien, la total revaloración moral que Nietzsche lleva a cabo es tan profunda que fácilmente puede dar pie a interpretaciones absolutamente indeseables, como convertir su pensamiento en piedra de toque del nacionalsocialismo o, en el caso que nos ocupa, confundir totalmente la actitud de Voldemort con una actitud de corte nietzscheano. Lo cierto es que algo tiene de ello, sin tenerlo de forma absoluta.

En primer lugar, es fundamental entender que la crítica nietzscheana a los valores cristianos es sobre todo un intento de sus-

tituir los valores enfermizos que hasta el momento han fundamentado la moral occidental por valores que favorezcan la vida, la salud, el júbilo. En este sentido, es verdad que Nietzsche acaba llegando a la conclusión de que “no existen el bien y el mal” en sentido ontológico fuerte (no es que haya nada por ahí que sea el bien o el mal) y que estos valores han sido impuestos como sinónimos de la debilidad y la fuerza, respectivamente, cayendo por lo tanto en una per-versión del escenario moral (o premoral) original (donde efectivamente había una mera lucha por el poder y donde lógicamente los fuertes ganaban a los débiles). Ahora bien, que Nietzsche denuncie la perversidad de esta inversión de valores morales, que sitúan al débil, al enfermizo, al moribundo, en el pedestal de la virtud, no significa para nada que la suya sea una moral –al estilo Voldemort– de la dominación y la esclavitud del débil por parte del fuerte. Sería fútil y superficial pensar que Nietzsche quiere simplemente subvertir los valores, es decir, poner los que estaban arriba abajo y los que estaban abajo arriba. Quiere mucho más que esto. Quiere acabar con los unos y los otros y recuperar el puro gozo de vivir como estandarte moral. Y aquí, naturalmente, estamos ya muy lejos de Voldemort. Sin embargo, ya que hemos entrado en el escenario moral nietzscheano (que es sin lugar a dudas el más sugerente y rico de los que se han propuesto en los últimos siglos), queremos recordar una vez más que si lo miramos desde un punto de vista de estricto análisis moral, el planteamiento de Voldemort es mucho más serio que el de Dumbledore, y éste lo es más que el de Harry Potter. Y con esto llegamos donde creemos detectar el núcleo ético de la saga mágica.

La libertad en Harry Potter

Es evidente que por orden creciente de complejidad, la posición de Harry Potter es de una simplicidad apabullante. Los auténticos dilemas morales (¿por qué tiene que morir tanta gente por mí?, por ejemplo) no aparecen hasta el último libro de la saga y no dejan de hacerlo en un contexto de absoluta linealidad, marcado por el hecho de que Harry es alguien elegido, marcado, predestinado. Incluso cuando hace uso de su ingenio, cuando duda, cuando tiene salidas geniales, su ingenio, sus dudas, sus genialidades, forman parte simplemente de una lógica que debe llevarle a acabar con Vol-



© Aubrey Beardsley

“Si Harry Potter fuera un personaje moralmente convencional (es decir compartiera los problemas, los disgustos, las inquietudes, los dilemas de sus lectores) entonces Harry Potter empezaría a ser una obra literaria interesante, porque permitiría no sólo entretener a su lector, sino también ponerle problemas, verdaderos problemas morales, que no sólo le hiciesen pasar un buen rato sino que cambiaran sus puntos de vista, sus convicciones, su vida”

demort. En este sentido, Harry Potter no es un personaje libre, y por lo tanto no puede ser sino un deficiente moral. No hay ética sin libertad.

Es muy distinta la situación de los dos otros personajes sacados a colación moral: Dumbledore y Harry Potter. El primero, aun maniatado por un escenario moral dualista y maniqueo, tiene por lo mínimo el valor de transitar de un polo al otro. Es decir, de dudar, de sentirse atraído, seducido, por el mal, o por el poder absoluto que le puede conferir la posesión de las tres reliquias de la muerte juntas. Finalmente decide alinearse con los “buenos”, pero al menos la suya es una decisión libre. Dumbledore decide ser bueno. Harry Potter lo es.

Y mayor interés aún reviste lord Voldemort, quien hace pleno uso de su libertad, como Dumbledore, pero a la vez tiene el valor de marcar un cambio de paradigma moral. Voldemort no es malo; no se reconoce en la oposición buenos/malos. Él juega en otra liga. No acepta la falsa dicotomía bueno-malo, y parte de un análisis de la realidad donde es mucho más importante la mera consecución del poder, como un fin en sí mismo, que no la consideración de principios morales que puedan obstruir esta consecución. Harry Potter es amoral (no reúne los requisitos mínimos para comportarse como un ser moral); Dumbledore es moral (de moral oscilante, como todo el mundo, pero moral); Voldemort es inmoral (combate el binomio moral tradicional y lo sustituye por otro patrón de interpretación donde los valores antiguos son simplemente menospreciados, dejados de lado).

Harry Potter y la ética ficción

Las conclusiones a las que podamos llegar sobre la actitud moral de *Harry Potter* tendrán siempre poca importancia. Tienen el valor analítico que tienen, y probablemente pueden constituir un buen elemento de reflexión moral para nuestros jóvenes harrypotterianos. Padecen, sin embargo, de un pecado original. A ningún

verdadero seguidor de Harry Potter va a entusiasmarle saber que Voldemort es el personaje moralmente más atractivo de la saga, y que Dumbledore es probablemente el más complejo y más real, mientras que el joven mago es moralmente plano, previsible, desgraciado. Y este es sin embargo, probablemente uno de los secretos del éxito de la saga. Por así decirlo, es fácil identificarse con un joven con el que, de hecho, es imposible identificarse. Sucede algo muy similar al fenómeno de atracción que conlleva, por ejemplo, Neo en *Matrix* (por cierto, las similitudes narrativas entre *Harry Potter* y *Matrix* son realmente tan evidentes que no pueden ser mera casualidad). La atracción que suscita no es fruto de la proximidad sino de la distancia más absoluta, el *pathos* de la distancia. Si Harry Potter fuera un personaje moralmente convencional (es decir compartiera los problemas, los disgustos, las inquietudes, los dilemas de sus lectores) entonces *Harry Potter* empezaría a ser una obra literaria interesante, porque permitiría no sólo entretener a su lector, sino también ponerle problemas, verdaderos problemas morales, que no sólo le hiciesen pasar un buen rato sino que cambiaran sus puntos de vista, sus convicciones, su vida. *Harry Potter* no puede hacer mucho de todo esto porque Harry, sus amigos y sus enemigos llevan todos una varita mágica en la mano y además está predestinado por una profecía, algo que no es muy común que digamos.

Sin embargo, no se puede dejar de reconocer a la autora de la saga una maestría evidente en la construcción de una trama de ficción apasionante. Sólo un escritor en mayúscula puede mantener *in crescendo* el interés de un cuento durante siete volúmenes y atrapar la atención de toda una generación de lectores. Seducidos por la magia de Harry Potter, nuestros vástagos han devorado millares de páginas y han perdido el miedo a libros de grosor impactante. Hasta aquí, todo va bien. Ahora debemos confiar que el sortilegio se prolongue en el tiempo y que una vez pasado el efecto Potter, nuestros jóvenes se queden al menos con una de las muchísimas fórmulas mágicas: ¡apropinquet libro! ◀▶